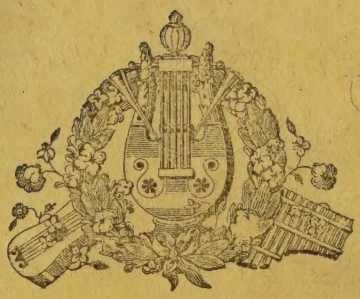
Del 1251 al 1500

LA MÚSICA RATONERA.

FARSA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.



SEVILLA.

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

1872.

La Música Ratonera.

Esta obra es propiedad del autor, quien ha verificado el depósito que marca la ley para los efectos de la misma sobre propiedad literaria.

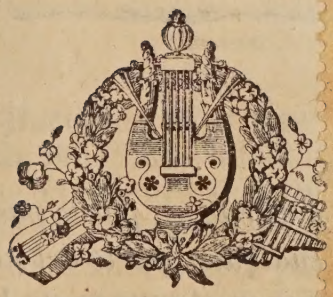
La Galería dramática de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* de Madrid, es la encargada de su administracion.

LA MÚSICA RATONERA.

FARSA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3858

SEVILLA.

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.
1872.

PERSONAJES.

ANTONIO.
PEDRO.
UNA LAVANDERA.
UN SASTRE.
UN ZAPATERO.
UN BARBERO.
UN AGUADOR.

La escena.... puede pasar
En cualquier parte del globo,
Porque en el mundo no hay pueblo
Que no tenga sus tramposos.

ACTO ÚNICO.

Sala perfectamente amueblada y cubierta con alfombra. Puerta de entrada al fondo; otra más chica en último término de la derecha. Entre el segundo y tercer bastidor de la izquierda, ventana que dá á la calle. En la derecha y frente á la ventana, un piano.—Entiéndase siempre por derecha é izquierda la del espectador.

ESCENA I.

ANTONIO, de bata, tendido en una butaca, cerca del apuntador y fumando.

Hace dos años que soy
más cumplido caballero
que el célebre don Quijote,
Roldan, Artús y Oliveros.
De dos años á esta parte
visto, calzo, como y bebo,
tengo habitacion y cama,
todo sin costarme un céntimo.
Y es que vivo de la trampa,
como viven mil sugetos
que arrastran coche, trïunfan,
y ostentan trenes soberbios.
Yo no soy tan ambicioso,
con muy poco me contento,
pues tan solamente aspiro
á un empleo del Gobierno.
Y lo tendré: ¡nó que nó!

721758

el refran lo está diciendo:
Fortuna te dé Dios, hijo,
que el saber.... te importa un bledo.
Nada, nada; mucha audácia
es preciso en estos tiempos,
si hemos de vivir del prójimo
que es la gran vida, por cierto.
Antes siempre estaba triste,
monótono, circunspecto,
y si me descuido un poco
casi tísico me vuelvo,
solamente de pensar
dónde hallaria los medios
para tapar cuatro trampas
que tenía en descubierto.
Pero después, cavilando
con más cordura y acierto,
dije:—Antonio, poco á poco;
tú debes, ¿verdad? sí, debo;
¿y quieres pagar? tambien,
mas no tengo para hacerlo.
Pues no te apures, Antonio,
ponte alegre, gordo y bueno,
y deja que tus ingleses
reflexionen en los medios
de cobrar; que ellos son muchos
y tú eres solo. En efecto;
desde entónces gasto más
y tengo mejor criterio,
porque vivo criticando
las vidas de Juan y Pedro.
Y ahora que de Pedro hablo,
en ese cuarto tercero
vive uno, que, ó mucho
me engaño, ó es un caballero
de mi esclarecida órden.
Es tan largo... y es tan trueno...
(*Suena un campanillazo.*)
Han llamado; es natural,
algun acreedor modesto
que se acerca á reclamar
muy cortés lo que le debo.

Eso sí; con mil amores
los recibo y los festejo....
con palabras, que con obras
no soy tan largo de génio. (*Abre.*)

ESCENA II.

DICHO y PEDRO.

PEDRO. Muy buenos dias, vecino.
ANTONIO. Felices, señor don Pedro.
¿Cómo le vá de salud? (*Cierra la puerta.*)
PEDRO. Muy bien; ¿y usted?
ANTONIO. Yó, tan bueno; (*Se sientan.*)
á Dios gracias, por ahora
nada me duele.
PEDRO. Me alegro.
Me permití la franqueza
de bajar á su aposento
para que hablemos un rato.
ANTONIO. Es favor que no merezco:
estoy á sus gratas órdenes.
PEDRO. Yo á las de usted, caballero.
Pues señor, vengo á decirle,
por lo que há dias observo,
que á usted deben acosarle
muchos ingleses.
ANTONIO. Es cierto:
debo al dueño de la fonda,
al sastre y al zapatero,
el alquiler de estos muebles,
la lavandera y barbero.
PEDRO. Pues hombre, simpatizamos;
porque yo tambien les debo
á unos prójimos iguales
á los que vá refiriendo.
ANTONIO. ¿Será cierto, amigo mio?
Toque usté esos cinco.
PEDRO. Es cierto;
y por eso aquí he venido

para proponerle un medio
de defensa.

ANTONIO. Sea cual fuere
desde este instante lo acepto.

PEDRO. Pues bien; yo tengo una máquina
eléctrica, un privilegio
de la física, que puede
hacer bailar el bolero
á nuestros acreedores
si usted consiente.

ANTONIO. Consiento
con mil amores, amigo;
pero veamos el medio.

PEDRO. Si aquel piano es de usted
la colocarémos dentro,
haciendo pasar después
los dos polos por el centro
de esta habitacion, y así,
poniéndola en movimiento,
bailarán aunque no quieran
al impulso de mis dedos.

ANTONIO. Tráigase usté el aparato
y sin pérdida empecemos,
porque hoy vendrán los ingleses
á molestarme el cerebro,
y tengo ganas de verles
bailar un rato. (*Suena un campanillazo.*)

PEDRO. ¡Silencio!
han llamado; vaya usted
y traiga el colchon.

ANTONIO. Corriendo.
(*Entra en la derecha.*)

PEDRO. ¡Ya ván!
(*Sale Antonio con un colchon y una almohada.*)
pongámosle aquí:
(*Enmedio del escenario.*)
tiéndase usted como un muerto.
(*Antonio se tiende boca arriba.*)
Ahora voy á abrir; ¿quién es? (*Abre.*)

ESCENA III.

DICHOS y el ZAPATERO.

ZAPATERO. Servidor de usted.
PEDRO. Adentro.
ZAPATERO. ¿Don Antonio?
PEDRO. Á don Antonio
puede usted rezarle un credo,
hace poco que espiró
de un accidente apoplético.
ZAPATERO. ¡Jesucristo! ¡Qué desgracia!
me debia siete pesos....
pero en fin, cómo ha de ser,
Dios le dé el descanso eterno.
(*Se arrodilla junto á Antonio.*)
PEDRO. ¡Pobre hombre! ¡quién diria
que tan jóven!...
ZAPATERO. Padre nuestro....
PEDRO. No somos nada en el mundo,
cuando estamos más contentos
viene la furiosa parca
y ¡zás! dá el golpe supremo.
ZAPATERO. Quede usted con Dios, amigo. (*Váse.*)
PEDRO. Vaya usted con Dios, maestro;
éste yá no vuelve más,
¿eh? (*Antonio se incorpora.*)
ZAPATERO. (*Entrando.*) Se me olvidaba...
PEDRO. (¡Muerto!)
(*Antonio se tiende de lado.*)
ZAPATERO. Y dígame usted, señor,
¿á qué hora es el entierro?
PEDRO. Mañana á las diez y media.
ZAPATERO. No faltaré. (*Váse.*)
PEDRO. Lo agradezco:
por poco no nos sorprende.
(*Antonio se levanta de rodillas.*)
ZAPATERO. (*Entrando.*) Y diga usted...
(*Antonio se tiende boca abajo con los piés en la almohada.*)
PEDRO. ¿Qué, maestro?

ZAPATERO. ¿Fué muy larga la agonía?
ANTONIO. (Maldito sea tu cuerpo.)
PEDRO. Regular.
ZAPATERO. Vaya, con Dios. (*Váse.*)
PEDRO. ¡Adios!
ANTONIO. Cierre usted.

ESCENA IV.

ANTONIO y PEDRO.

PEDRO. Ya cierro; (*Cerrando.*)
Pero voy en un instante
por el aparato, y vuelvo.
(*Suena un campanillazo.*)
Han vuelto á llamar; ahora
metamos el colchon dentro,
(*Entran el colchon en la derecha.*)
y siga usted la hilacion
de mi discurso.
ANTONIO. Obedezco. (*Se sienta.*)
PEDRO. ¡Adelante! (*Abre y se sienta junto á Antonio.*)

ESCENA V.

DICHOS y la LAVANDERA,

LAVANDERA. ¡Buenos dias!
ANTONIO. Téngalos usted muy buenos.
LAVANDERA. Vengo á que me pague usted.
PEDRO. Pues como íbamos diciendo;
su tio de usted murió,
y le ha nombrado heredero
universal.
ANTONIO. ¡Pobre tio!
PEDRO. No se dé usted al sentimiento;
esas desgracias, amigo,
sólo en Dios hallan remedio.
LAVANDERA. Yo venía....
PEDRO. En esta carta
hallará usté un documento

para que pueda cobrar
hoy mismo doscientos pesos,
pues sé que se encuentra usted
algo apurado.

ANTONIO. No debo
más que el lavado de ropa.

LAVANDERA. (¡Habráse visto embustero!
y debe una cuenta al sastre,
el calzado que trae puesto,
el alquiler de esta sala
y á mi vecino el barbero.)

PEDRO. Ea, no se aflija usted,
cobre ese dinero fresco,
y pague á todo el que deba.

ANTONIO. Así lo haré, caballero.
Señora, suplico á usted
que vuelva por aquí luégo,
y ese piquillo pendiente
saldado lo dejarémos.

LAVANDERA. Está muy bien. (Voy volando
á avisar los compañeros
para que vengan conmigo
á cobrar.) Pues hasta luégo. (*Váse.*)

ANTONIO. Vaya usted con Dios, señora.

PEDRO. Amigo, voy por aquello. (*Váse.*)

ESCENA VI.

ANTONIO.

Bendito sea el Señor
de la tierra y de los cielos,
y lo que inventan los hombres
para zafarse de enredos.
Este vecino es notable
por su preclaro talento:
¡cómo evita compromisos!
¡cómo ahuyenta majaderos!
Yá estoy deseando ver
el tal aparato eléctrico
funcionar en esta sala;
¡les producirá un efecto...!

ESCENA VII.

DICHO y PEDRO con una cajita.

PEDRO. ¡Aquí está! (*Cerrando la puerta.*)
ANTONIO. ¡Qué pequeñita!
PEDRO. Esta es la pila: la tengo
preparada; estos los polos:
abra usted el piano: veo
que es á propósito: aquí
los dos hilos atarémos; (*Ata los hilos dentro.*)
¿á ver? (*Toca.*) Bien; ahora la alfombra
recojámosla hácia el centro;
(*Arrollan un poco la alfombra.*)
bueno está; vengan los hilos,
aquí los pongo sujetos
á esta silla;
(*La silla estará colocada junto á la ventana, en la izquierda*)
el que se siente
vá á llevar un vapuleo
de mil demonios.
ANTONIO. ¡Caramba!
¿causará algun daño?
PEDRO. Tengo
completa seguridad
que no es más que un susto.
ANTONIO. Bueno.
(*Colocan bien la alfombra.*)
PEDRO. Una vez que esto está listo,
nuestra leccion estudiemos
con despacio, pues conviene
que caminemos de acuerdo.
Usted debe estar aquí
(*Coloca la butaca cerca de la ventana, á dos metros de la silla.*)
para dar recibimiento
á los que lleguen; así
está muy bien; (*Antonio se sienta.*)
recomiendo
que haga usted sentar á todos
en la silla del secreto

para que salgan bailando:
yo al piano tomo asiento;
si usted ve que la cuestion
toma un giro vïolento,
exclame usté incomodado:
—¡Toque usted, señor don Pedro!
y yá verá usted, mi amigo,
qué maravilloso efecto
vá á producir el piano.

ANTONIO. Venga un abrazo, y juremos
no separarnos yá nunca.

PEDRO. Siempre unidos marcharémos.
Ahora voy á abrir la puerta
para que entren los sugetos;
(*Abre de par en par.*)
yá está; como si tal cosa,
tomo posesion del puesto. (*Se sienta al piano.*)

ANTONIO. Siento pasos, alguien llega.

PEDRO. Conteste usted muy soberbio.

ESCENA VIII.

DICHOS y el SASTRE.

SASTRE. ¡Deo gracias!

ANTONIO. Adelante.

SASTRE. ¡Felices!

ANTONIO. ¡Hola, maestro!

SASTRE. Aquí traigo á usted la cuenta
de lo que importan los ternos.

ANTONIO. Siéntese usted.

SASTRE. Muchas gracias;
estoy bien.

ANTONIO. Tome usted asiento....

SASTRE. ¡Con permiso! (*Sentándose.*)

ANTONIO. ¿Cuánto importa
la cuenta?

SASTRE. Sesenta pesos.

ANTONIO. ¡Qué barbaridad! Eso es
una estafa.

SASTRE. ¡Caballero!

yo no robo á nadie.

ANTONIO. ¡Digo!
Por dos prendas de mal género
peor cosidas y cortadas,
que no valen cuatro céntimos,
pedirme sesenta duros.

SASTRE. Yo no pido más ni ménos
que lo justo; y sepa usted
que esas frases no tolero
tan insultantes; las oigo
como ellas son, con desprecio.

ANTONIO. ¡Hola, hola! ¿Usted se enfada?

SASTRE. Me incomodo, caballero,
porque pretende ponerme
de ladron.

ANTONIO. No he dicho eso;
pero si tal le dijera,
sepa usted, señor maestro,
que habia usted de bailar
cuatro pasos de bolero,
al compás de cierta música
ratonera.

SASTRE. ¿Cómo es eso?

ANTONIO. ¡Como lo digo, caramba!
—¡Toque usted, señor don Pedro!

(Pedro simula tocar el piano. La orquesta tocará un paso agitado, á cuyo compás saldrá el sastre bailando de la silla, dando saltos.)

SASTRE. ¡Jesucristo! ¡Vírgen santa!
no toque usted, que me muero....

ANTONIO. ¿Estamos en paz?

SASTRE. En paz.

ANTONIO. Pare usted. (*Cesa la música.*)

SASTRE. Salgo corriendo.
(*Váse precipitadamente.*)

ESCENA IX.

ANTONIO, PEDRO y á poco la LAVANDERA.

ANTONIO. Permítame que le abrace,

caro amigo y compañero,
usté es el hombre del siglo
por tan asombroso invento.

PEDRO. Siento pasos.

ANTONIO. Me retiro.

LAVANDERA. Yá estoy aquí.

ANTONIO. Yá lo veo;
siéntese usted.

LAVANDERA. Tengo priesa.

ANTONIO. Pues hija, yo no la tengo.

LAVANDERA. ¿Y á mí, qué?

ANTONIO. Vamos callando
y siéntese.

LAVANDERA. ¡Ay qué salero!
si lo hago es por mi gustito, (*Se sienta.*)
¿lo entiende usted, don imperio?

ANTONIO. Sí señora, yá lo he oido;
diga usted ¿cuánto le debo?

LAVANDERA. Ciento ochenta y seis reales,
de cuatro meses y medio
de lavado y planchadora.

ANTONIO. No puede ser.

LAVANDERA. ¿Cómo es eso?
mire usted bien esta cara
y estas manos, ¡so embustero!

ANTONIO. Pues mire usted mi baul,
allí lo tiene usted dentro,
y verá usted las camisas
que compré el último invierno,
los calzoncillos, tohallas,
calcetines y pañuelos,
que están como casa vieja,
todos llenos de agujeros
por los polvos de cloruro
con que usted lava.

LAVANDERA. ¡Embustero!
La ropa que usted me dá
quizá sea de su abuelo,
por lo vieja y remendada,
¡calumniador del infierno!
¿quién le ha dicho á usted que yo
uso polvos? ¡Jabon bueno

es lo que gasto, so maula!

ANTONIO. No se vaya usté escurriendo
con insultos, porque puede
muy bien suceder que luégo
baile usté al son de la música
ratonera.

LAVANDERA. ¿Sí, mi dueño?
¡já, já! ¡Tendria que ver!

ANTONIO. ¿Se rie usted?

LAVANDERA. Por supuesto,
de lo tonto que es usted.

ANTONIO. ¡Yo tonto! Viven los cielos....

LAVANDERA. Sí señor, y muy retonto.

ANTONIO. —¡Toque usted, señor don Pedro!

(*Suena la orquesta como en la escena anterior.*)

LAVANDERA. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Jesus! ¡Dios mio!
no siga usted, pare presto.

ANTONIO. ¿Estamos en paz?

LAVANDERA. Estamos.

ANTONIO. Pare usted. (*Cesa la música.*)

LAVANDERA. ¡Jesus, qué infierno! (*Váse.*)

ESCENA X.

ANTONIO, PEDRO y á poco el ZAPATERO.

ANTONIO. Que vuelva por otra.

PEDRO. Así
caminan más de ligero
estos pícaros ingleses;
pero ¡tate! pasos siento.

ZAPATERO. (*Desde la puerta.*) ¿Adónde se habrán llevado
el pobrecito del muerto?

ANTONIO. ¡Qué muerto ni qué ocho cuartos!

ZAPATERO. ¡Dios mio!

ANTONIO. Vaya, maestro,
usted ha bebido.

ZAPATERO. ¿Quién, yo?

ANTONIO. Sí señor; tome usted asiento.

ZAPATERO. Falta me hace; de rodillas
recé ochenta padre nuestros

por el alma de usted.

ANTONIO. ¡Hombre!

ZAPATERO. Lo mismo que está usted oyendo;
fué una broma ¿no es verdad?

ANTONIO. En lo dicho me sostengo;
usté está borracho.

ZAPATERO. ¡Yó!

ANTONIO. Pero la cuestion dejemos:
¿qué debo á usted?

ZAPATERO. Los tres pares
de calzado; siete pesos.

ANTONIO. Hombre, parece mentira
que pida usté ese dinero
por calzado de papel.

ZAPATERO. ¡Cómo papel! De becerro,
con punteras de charol.

ANTONIO. Que se rompen con los dedos
y no valen cuatro cuartos.

ZAPATERO. Hombre ¿qué está usted diciendo?

ANTONIO. Lo que usted oye.

ZAPATERO. ¿Es bromita
ó me lo dice usted sério?

ANTONIO. Yo creo que no me rio.

ZAPATERO. Y pues entónces ¿qué hacemos?

ANTONIO. Que yo no doy siete duros.

ZAPATERO. ¿Que nó?

ANTONIO. Que nó.

ZAPATERO. ¡Qué salero!
Usted quiere que le enseñen
á bailar cierto jaleo
muy conocido en España.

ANTONIO. Lo que yo sólo deseo
es que salga usted de aquí
y no vuelva más.

ZAPATERO. No quiero.

ANTONIO. Váyase usted, que si nó
le hago bailar al momento
la música ratonera.

ZAPATERO. ¿Á mí, eh? ¡Qué bueno es eso!

ANTONIO. Vá usted no más que á probarlo:
—Toque usted, señor don Pedro.
(*Toca la orquesta.*)

ZAPATERO. ¡Ay, san Crispin! ¡San Crispin!
¿Qué es esto, señor, qué es esto?....
ANTONIO. ¿Estamos en paz?
ZAPATERO. Sí, sí.
ANTONIO. Pare usted. (*Cesa la orquesta.*)
ZAPATERO. Que me reviento. (*Váse.*)

ESCENA XI.

ANTONIO: PEDRO, y á poco el AGUADOR.

ANTONIO. Vamos á vivir felices
con ese aparato eléctrico.
PEDRO. No nos faltarán recursos
en donde quiera que estemos.
AGUADOR. ¡Buenos dias!
ANTONIO. ¡Hola, amigo!
AGUADOR. Quisiera....
ANTONIO. Tome usté asiento.
AGUADOR. Lo tomaré; muchas gracias.
Pues yo quisiera, en efecto,
que me pagára esos cuartos
que me debe hace yá tiempo.
ANTONIO. ¿Y de qué son?
AGUADOR. ¿No se acuerda?
Son del agua que acarreo
para beber y lavarse.
ANTONIO. ¡Esa frescura celebro!
El agua que usted me trae
no es de la fuente, por cierto,
sino de algun pozo antiguo
que usted conoce.
AGUADOR. No entiendo
lo que usted quiere decirme;
yo camino muy derecho
con todos mis parroquianos,
y nadie me ha dicho eso.
ANTONIO. Alguno habrá de decirlo
y me toca á mí el primero.
AGUADOR. Usted dirá lo que quiera,
mas yo los cuartos no pierdo,

porque bastante trabajo
me cuesta ganar un céntimo.
(*Refriega el puño de la vara en ademan de empuñarla.*)

ANTONIO. (Éste, en cuanto me descuide,
me vá á arrimar un meneo.)
¿Con que es decir, que yá uno
no tiene ni áun el derecho
de quejarse? ¿Ni tampoco
probar que este paño negro
y estas pecas de la cara
al agua de usted las debo?
Pero en fin, no discutamos
por tan poco; pagarémos.
Después que coja la mosca
¡cómo se irá usted riendo
de mí!

AGUADOR. ¿Quién, yo? nó señor.

ANTONIO. Pues hombre, si hasta me atrevo
á decir que bailará
loco de puro contento.

AGUADOR. Vamos, págueme, señor,
que tengo priesa.

ANTONIO. Comprendo;
y dígame usté, hace mucho
que no baila?

AGUADOR. Hace yá tiempo;
desde la última vez
que estuve en mi tierra.

ANTONIO. Creo
que lo hace usted muy bien.

AGUADOR. Regular.

ANTONIO. ¿Cosa de mérito?

AGUADOR. Así, así.

ANTONIO. Y diga, amigo,
¿conoce usté el baile nuevo,
la música ratonera?

AGUADOR. Yo quisiera conocerlo;
en mi vida lo bailé.

ANTONIO. No se apure usted por eso.
en un instante se aprende:
—Toque usted, señor don Pedro.
(*Suena la orquesta.*)

AGUADOR. Diablos, diablos, que me viene
una cosa por el cuerpo,
que parece un terremoto;
¡yá no quiero más, no quierooo!
ANTONIO. Pare usted. (*Cesa la orquesta.*)
AGUADOR. ¡Llévelo el Diablo! (*Váse.*)
ANTONIO. Ese tambien sale huyendo
como un cohete real.

ESCENA XII.

ANTONIO, PEDRO, y á poco el BARBERO.

PEDRO. Vale mucho este instrumento;
cuando toco les parece
que retiembla todo el suelo.
ANTONIO. Otro viene.
BARBERO. ¡Buenos dias!
ANTONIO. Felices, tome usté asiento.
BARBERO. Con mucho gusto.
ANTONIO. ¿Se puede
saber qué trae de nuevo?
BARBERO. Muy poca cosa; aquel pico
atrasado que tenemos
pendiente.
ANTONIO. ¡Calle usted, hombre!
Un apunte tan pequeño
se desprecia.
BARBERO. Poco á poco,
don Antonio, que los tiempos
no están para despreciar.
ANTONIO. Pues diga usted qué le debo....
BARBERO. Dos duros.
ANTONIO. ¿Pues cuántas barbas
me ha hecho usted?
BARBERO. Quince fueron,
que importan treinta reales,
y los otros diez del pelo.
ANTONIO. Cristiano, usted se ha creido
que soy un Rosthchild ó un Creso

para pagar dos reales
por cada barba?

BARBERO. Yo creo
que usted me los prometió
por trabajar con esmero
dos veces á la semana;
y si usted no tiene... aquello...

ANTONIO. ¿Aquello qué?

BARBERO. La verdad,
yo no gusto de rodeos;
si usted no tiene palabra,
yo sí.

ANTONIO. Maestro, maestro....
por los dientes de la burra
de Balaan, le encarezco
que no se propase.

BARBERO. Yo,
francamente, lo que quiero
es que de una vez me diga
si paga ó no paga.

ANTONIO. ¿Tengo
yo cara de ser tramposo?

BARBERO. Yo no digo....

ANTONIO. ¡Bueno! ¡Bueno!
Ántes de pagar á usted
deseo me haga el obsequio
de decirme su opinion
acerca del baile nuevo
de que tanto habla la gente.

BARBERO. ¿Cuál, el *can-can?*

ANTONIO. Nó, por cierto;
la *música ratonera*,
que dicen tiene gran mérito.

BARBERO. Pues señor, nada he sabido,
y crea usted que lo siento,
porque tambien me dedico
á dar leciones.

ANTONIO. ¡Me alegro!
Entónces, si usted se aviene,
yo puedo en este momento
ponerle al corriente, en cambio
de ese pico que le debo.

BARBERO. ¿Es muy difícil?
ANTONIO. No mucho,
son saltitos y volteos.
BARBERO. ¿Sí? Pues *allons sans façons.*
ANTONIO. —¡Toque usted, señor don Pedro.
(*Toca la orquesta.*)
BARBERO. ¡Alto! ¡Alto!
ANTONIO. ¿Está aprendido?
BARBERO. Sí, yá está....
ANTONIO. Basta, don Pedro.
(*Cesa la orquesta.*)
BARBERO. ¡Á la guardia! (*Váse.*)
ANTONIO. Á los demonios
que te lleven, majadero.

ESCENA XIII.

ANTONIO y PEDRO.

PEDRO. Esto dá buen resultado,
y muy pronto me prometo
perfeccionarlo con cuatro
ó cinco alambres lo ménos.
Repare usté esta cajita.
(*Le muestra una caja chica de carton.*)
ANTONIO. ¡Hombre, qué rara!
PEDRO. De Méjico
la traje; á un indio del bosque
se la compré por tres pesos.
ANTONIO. ¿Pues qué tiene esta cajita
para valer ese precio?
PEDRO. Ciertas hojas de unas yerbas
que si las echo en el fuego
me hacen invisible.
ANTONIO. ¿Y cómo?
PEDRO. Porque el humo busca un centro
para cubrirlo, y es fácil
por la atraccion conocerlo.
(*Óyese rumor de grandes voces.*)
ANTONIO. Ese ruido.... ¡caramba!
perdonad por un momento;

(Se asoma á la ventana.)
¡Cielos! estamos perdidos.

PEDRO. ¿Que decís?

ANTONIO. Que el regimiento
de mis ingleses está
mandado por el barbero,
y traen unos garrotes
tan poco amigos del cuerpo,
que malo será no vengan
á dejarnos sin un hueso.
La partida de la porra
vá á asaltar este colegio.

PEDRO. No tema usté, amigo mio,
de estas yerbas usarémos,
y vamos á reventarlos
tocando el piano á un tiempo.

ANTONIO. Yá suben.

PEDRO. Eche usté un fósforo,
plante usted á las yerbas fuego.
(Antonio inflama un poco de pólvora cerca del piano.)
¿Lo ve usted? Ese humo impide
ver de frente los objetos.

ANTONIO. Al piano, que yá llegan. *(Se sienta al piano.)*

PEDRO. Mucho ojo, compañero. *(Id. id.)*

ESCENA XIV.

DICHOS, BARBERO, LAVANDERA, SASTRE, ZAPATERO y AGUADOR, con garrotes.

BARBERO. Entrad pronto, la ocasion
no tiene más que un cabello,
y ese por fortuna nuestra
lo tenemos bien sujeto.
Con estas plumas de árbol
nuestras cuentas saldarémos,
sobre las duras costillas
de don Antonio y don Pedro.

AGUADOR. Como yo le apunte un número
hago trizas el cuaderno.

SASTRE. Á mí me dán mucha lástima

y los dejaré.... sin huesos.

LAVANDERA. ¡Pobrecitos! ¡Si supieran
el cariño que les tengo
preparado!

ZAPATERO. Yo, señores,
quiero saber si los muertos
admiten un estacazo;
¡de bromita, por supuesto!

PEDRO. ¿Qué dice usted, don Antonio?

ANTONIO. Toquemos, señor don Pedro.

(*Toca la orquesta y bailan todos sacudiéndose con los garrotes.*)

CAE EL TELON.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Donde ménos se piensa... zarzuela en un acto.
Dádivas quebrantan peñas, zarzuela en un acto.
El Viajero, farsa en un acto.
¡Vaya un ángel! farsa en un acto.